

UN
PARAÍSO

A
MEDIO

C
CAMINO



Nicolás Cardona
Londoño



Viajar a Tumaco, más que una decisión, fue una casualidad. El 30 de diciembre del 2014 inicié el viaje por tierra con mi padre y su novia de la época (Diana). Ella fue quien nos invitó, puesto que su familia, de origen paisa, había llegado a Tumaco en los ochenta en un intento de expandir sus negocios. Nuestro objetivo fue conocer y recibir el 2015 en un lugar diferente.

El viaje no fue nada fácil. Atravesamos tres departamentos y cruzamos varias zonas rojas. Las consecuencias de la guerra se ven con facilidad por todo el territorio nacional, lo que contrasta fuertemente con los maravillosos paisajes. Sin embargo, el tramo más especial es de Pasto a Tumaco. Luego de subir a una altura considerable, se desciende rápidamente pasando por tres lugares con presencia de tanques militares y batallones fuertemente armados. La población genera una clara distancia entre los forasteros y la recomendación oficial es continuar el camino sin muchas pausas.

Lo primero que se nota de Tumaco es que la forma en que está construida no parece tener un orden definido. No hay semáforos y las calles no siguen una lógica lineal. Sin embargo, sus calles y sus andenes construidos con adoquines, le dan un toque único aunque la razón de construirlas así, según menciona una de las personas que me acoge, es porque el asfalto se hunde en la arena.

Recorriendo por primera vez la ciudad, también me doy cuenta de que no había una distribución poblacional a partir de diferencias sociales, como la que se encuentra en las grandes urbes. En un mismo barrio se divisa fácilmente una casa con paredes de mármol al lado de una casa construida con materiales irregulares sobre el mar.

El 31 de diciembre disfrutamos en familia junto a los amigos provenientes de la

pesquera o de colonias paisas y pastusas que se han relacionado con el tiempo. Las tradiciones no se distancian mucho de las del resto del país, más allá del importante significado social y cultural que tiene para la población local los grandes bafles y equipos de sonido.

Posterior a la cena e iniciado el 2015, nos dirigimos al punto de encuentro más común de la ciudad después de la playa. El Puente del Malecón, un largo puente que conecta las dos islas, fue reformado para ser un lugar turístico. En él están distribuidas bancas y espacios de reunión. Nos sentamos acompañados por aguardiente nariñense y cervezas. En la calle, las personas parqueaban sus motos y carros con equipos de sonido. En ellos suenan una combinación ecléctica de ritmos que va desde salsa y música del pacífico hasta la tradicional música tropical del centro y norte del país. Todo fue normalidad hasta las horas de la madrugada. El licor se empezó a apoderar de los jóvenes quienes iniciaron varias riñas. La que más me llamó la atención fue una donde uno de ellos despicó una botella e hirió a su compañero. La policía hizo presencia inmediatamente pero sólo se encargó de enviar en una moto a los heridos. Curiosamente, esa situación no generó mayor indignación en los presentes y se tomó con mucha normalidad. Además, los jóvenes que presenciaron el acto siguieron su fiesta y sólo se retiraron cuando el sueño los llamó.

Me llamó mucho la atención el hecho de que la policía en este lugar se asemeje más a una fuerza militar que a una fuerza civil. El nivel de militarización es alto y la policía cumple funciones a través de la naval. Para esas fechas, la actividad guerrilla se había concentrado en las islas cercanas aunque la extorción estaba en aumento. Los comerciantes y los pesqueros, víctimas de todos los actores arma-

dos del conflicto, aparecían como uno de los principales objetivos. La población civil, de manera obligada, financia a sus propios victimarios.

Pasada la mañana, nos dirigimos a la playa. Es conocida como El Morro por un accidente geográfico producto de la separación de una gran duna que se había solidificado antes de toda ocupación humana. A pesar de la belleza de la playa y el acogedor mar pacífico, la industria hotelera y turística es bastante limitada más no paupérrima. La ciudad cuenta con tan sólo un par de buenos hoteles que se ubican a los alrededores de la playa y su oferta de servicios en ella es totalmente dirigida para la población local. Frente al alto desempleo de la región, el gobierno local debería fomentar este destino, y más cuando recordamos que tiene aeropuerto propio y puerto que se conecta directamente con Buenaventura y zonas del Ecuador.

Los siete días siguientes en Tumaco intenté conocer la mayor parte del casco urbano. Nuevamente noté cómo la corrupción estatal, el conflicto armado y algunos aspectos culturales generan una continua relación entre la incertidumbre y la esperanza en los pobladores. Los políticos, gamonales y clientelistas locales, intercambian cupos escolares, contratos turísticos y trabajos con el municipio, por cuantías de votos. Curiosamente fui testigo de esto cuando un concejal local se dispuso a invitarnos a todos a una cena para entablar una conversación con el papá de Diana, quien es conocido en la ciudad como el tío Gil. Este concejal le hablaba de los futuros beneficios que podía tener la pesquera frente a un apoyo de esta a su campaña electoral. Sin embargo, la anterior propuesta que me pareció políticamente viable, vino acompañada con un ofrecimiento de cargos públicos para las personas desempleadas de la familia.

Los líderes guerrilleros y paramilitares controlan amplios sectores del casco rural tumaqueño, aunque sean fácilmente reconocibles por la población cuando caminan por las calles de la ciudad. Al parecer, en Tumaco se reproduce esa costumbre colombiana de admirar a quien, por medio de las armas, ha ganado poder y reconocimiento.

Finalmente, la población afro, víctimas de todos los personajes anteriores, al parecer reordenan sus prioridades, estableciendo como central las cuestiones materiales que refuerzan su estatus e identidad. Muchas de estas personas, vinculadas al trabajo informal, no desarrollan una conciencia de clase amplia tanto por la falta de un aparato educativo público, como la ausencia de un Estado que brinde espacios de desarrollo. En esta lógica, gran parte de la población tumaqueña vive en condiciones paupérrima, en casas sin agua potable y acueducto, pero con grandes televisores LED y equipos de sonidos de alta gama. El estatus y el valor ante la comunidad de cada persona, muchas veces pasa por su aporte material al espíritu festivo de las actividades sociales.

Por lo tanto, creo que el problema de la situación material de los tumaqueños no es necesariamente su cultura. Ésta, llena de felicidad y tradición, creo que sólo se visibiliza en lo mencionado porque las personas del lugar recurren a estas prácticas para encontrar lo que las penurias de su cotidianidad no les permiten. El calor humano y el sentido de comunidad existe de manera tal que entre las amistades se llaman “primo” y en muchos casos el trabajo de parto de las mujeres es asistido por una comadre o partera local. La marimba hace parte de muchos hogares así como la producción de licores artesanales.

“
 LAS DIFERENCIAS SOCIALES
 SON EN SÍ MISMAS PARTE DE UN
 GRAN PROYECTO QUE COMO
 SOCIEDAD HEMOS CONSTRUIDO
 Y ADOPTADO, DONDE LAS
 PERIFERIAS, COMO TUMACO, SON
 UNA REALIDAD
 ”

Posiblemente la raíz de esta situación se encuentre en dos explicaciones que se han hecho parte de los debates sociales, económicos e intelectuales de la modernidad y la posmodernidad. Por un lado, las razones estructurales conllevan a pensar la pobreza como un producto esperable de un sistema económico y social basado en la producción, la plusvalía y la propiedad privada. Las diferencias sociales son en sí mismas parte de un gran proyecto que como sociedad hemos construido y adoptado, donde las periferias, como Tumaco, son una realidad. Por otro lado, la explicación desde la construcción de nuestro Estado, que para muchos ha sido parcial, diferencial, ineficiente o excluyente, ha hecho que las elites centrales y el proyecto de nación presentado desde las altas esferas de la sociedad deje a un lado estos lugares que en un primer momento no aparecen como el ideal del criollo colombiano. Las fiestas locales, por ejemplo, aparecen como algo ajeno y

alejado cuando combinan las tradiciones africanas y católicas.

Luego de conocer el casco urbano, visité la zona rural del municipio así como sus islotes y manglares vecinos. El cultivo de palma africana se ha ido acabando por las múltiples plagas que azotan la región así como la falta del impulso gubernamental. En su mayoría, las personas que viven en la zona rural subsisten a partir de la cría de porcinos y unos pocos viven a partir del cultivo de algún producto que se dé en la región. Otra zona, bastante extensa pero mucho más complicada para su acceso, está dedicada al cultivo de coca.

Para ir a los islotes, alquilamos una lancha que nos llevara sin afanes. Salir al mar abierto de Tumaco es un espectáculo que inmediatamente le hace recordar a las personas la magnitud del océano y el universo que hay en él. Por uno de sus brazos nos adentramos en los manglares. Este paisaje se podría describir como

misterioso. Los arbustos o árboles que forman este ecosistema forman una clase de túneles misteriosos donde la mirada no puede visibilizar más allá de donde estos se lo permiten.

Pasamos por varias pequeñas islas hasta que decidimos, por recomendación del capitán, detenernos en una que es turística y cuenta con alojamiento. Este lugar, según me contó el administrador del lugar, era un punto de interés para las guerrillas y narcotraficantes por su capacidad de servir como punto de acopio o de preparación antes de iniciar largos viajes. Sin embargo, y luego de que la armada replegara a los alzados en armas, la isla quedó abandonada hasta que la población local decidió adelantar un proyecto de turismo. Para el momento, había capacidad de alojamiento para trescientas personas. Además, el lugar sigue siendo bastante natural. No entra ninguna señal telefónica y solo había comunicación a través de un celular adaptado para el contexto. La riqueza marítima permite, en temporadas, subsistir principalmente del pescado. Asimismo, sus playas son desérticas y su olaje único. Es importante reconocer el trabajo comunitario que ha adelantado en el lugar, a pesar de que el gobierno ha abandonado la isla y de que la guerrilla sigue estando presente en lugares cercanos. Creo que es mejor mantener este tipo de sitios bajo la administración de la población para que el turismo de grandes masas no afecte el entorno natural.

Mi viaje a Tumaco creo que fue enriquecedor y ante toda una oportunidad para conocer un paraíso que hasta el momento era escondido para mí. La riqueza cultural y natural del lugar vive una batalla constante con los males que azotan al pueblo colombiano. Frente a esta situación, y luego de conversar con jóvenes habitantes del lugar, concluí que la situa-

ción de Tumaco no es una situación exclusiva de esta zona pacífica. Lo que pasa en Tumaco es un reflejo, es una radiografía de la realidad que existe en todos los rincones de Colombia. La desigualdad, el conflicto armado y la corrupción pueden parecer exóticos en este lugar por ubicarse en un lugar costero y tener cierto aire autóctono, pero en realidad, es una reproducción de los males que colombianos nos vemos en la tarea de afrontar. Es necesario que los centros de poder en Colombia reconozcan la importancia de estos lugares para nuestra diversidad y para la idea de Nación que tenemos sobre nuestro país. Paradójicamente, la relación más estrecha entre Cali y Tumaco, por ejemplo, se da por la población que ha sido desplazada o ha migrado en busca de nuevas oportunidades.

Si se me pide definir a Tumaco en una sola expresión lo definiría como un paraíso escondido en el medido de los contrastes. Esta población sirve como la portada perfecta para explorar el pacífico colombiano y realizar una radiografía de las circunstancias que hay en él. El aparente posconflicto que se vivirá en Colombia es posiblemente el momento perfecto para potenciar este lugar y permitirle a su población aprovechar este paraíso que tiene como lugar de residencia.

 **Nicolás Cardona Londoño**